

TROVADORES, FILÓSOFOS Y TRADUCTORES: FRANCISCANOS CATALANES A TRAVÉS DE LOS SIGLOS

Agustín BOADAS LLAVAT

Universidad «Ramon Llull», Barcelona, España

RESUMEN

Desde su mítica venida a España en 1214, san Francisco ha sido impulsor de todo tipo de publicaciones. En concreto, la Provincia de Cataluña de los franciscanos conserva en su Archivo noticias suficientes para entretejer una historia de sus bibliotecas y de los autores que han trabajado en el mundo de la traducción. A este repaso, histórico, bibliófilo y de traducciones se dedican estas páginas.

PALABRAS CLAVE

Provincia Franciscana de Cataluña; bibliotecas franciscanas; autores franciscanos; traducciones; Ramon Llull; Francesc Eiximenis; Anselm Turmeda; Jacint Verdaguer; escotismo; lulismo; Escornalbou; Universidad de Cervera.

SUMMARY

Since his mythic travel to Spain in 1214, saint Francis has been leading all types of publications. Specifically, the Catalanian Province of the Franciscans keeps in its Archive enough news to weave a history of libraries and authors who have worked in the translation. This review, historical, bibliophile and of translations, is the main purpose of this article.

KEYWORDS

Franciscan Province of Catalonia; Franciscan Libraries, Franciscan Authors, Translations, Ramon Llull, Francesc Eiximenis; Jacint Verdaguer; John Duns Scotus; Scotism; Lullism; Escornalbou; University of Cervera.

—Poco le falta a nuestro huésped para hacer la segunda parte de don Quijote.

—Así me parece a mí —respondió Cardenio—, porque, según da indicio, él tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan pasó ni más ni menos que lo escriben, y no le harán creer otra cosa frailes descalzos¹.

1.- Introducción

Con este corto diálogo de Cervantes mucho se nos dice y pocos reparamos en ello. No pretendo con estas palabras intentar una segunda parte del *Quijote*... Quien lo intentó, acabó como el loco de Sevilla del Prólogo deuterocervantino. Ni me atrevo a explicar lo que lo los historiadores llaman verdad de los hechos. Sencillamente, como un buen franciscano descalzo, tal vez como el propio hermano de Cervantes², haré un conato de dar cuenta de la historia con un punto de ingenuidad, parejo al de integridad candorosa y la inocente veracidad tan propio de la descalcez del Siglo de Oro. Una historia que tendrá como trasfondo dos premisas: intentar darle un sentido unitario a través de la reflexión filosófica; y disfrutar de ella, como hacía Maquiavelo cuando llegaba a casa cuando, poniéndose cómodo, se imaginaba estar con los grandes personajes y hablar con ellos, leyendo y meditando a la vera del fuego.

Con este repaso diacrónico de los hechos más notables de los franciscanos catalanes, trataremos de enmarcar las peripecias sufridas por sus bibliotecas y, sobre todo, intentaremos poner el acento en tantos siglos de traducciones.

¿Quién se atrevería a listar las traducciones de Cervantes, Lope, Quevedo o, más recientemente, de Rubén Darío o Rosalía de Castro? Lo mismo diríamos del beato Ramón Llull, Francesc Eiximenis o Mn. Cinto Verdaguer. Todos ellos tienen en común su pertenencia a la Familia Franciscana y todos ellos han modelado la lengua de sus ancestros. Y, además, se les puede aplicar el pareado verdagueriano: «quien por fraile o por hermano, todo el mundo es franciscano»³. Esto es especialmente cierto en nuestras tierras, ya que el fenómeno nacido en Asís ha sido mayoritario en casi todas las facetas: religiosas, sociales, artísticas, culturales, e incluso cuantitativas.

¹ Extraído de la Primera Parte de *Don Quijote de la Mancha*, capítulo XXXII.

² ¿Cómo se escribe la historia? Preguntada una mujercita adolescente que tuvo el honor de bautizar sobre quién era Miguel de Cervantes, sabía con claridad que tenía una hermana que vendía sus encantos por dinero (cosa más que dudosa históricamente) y no, en cambio, que tuviera un hermano franciscano o que el propio escritor perteneciera a la Tercera Orden. ¿Es ésta una manera de escribir la historia y enseñarla?

³ *Qui per fra qui per germà, tot el món és franciscà.*

2.- Inicios inciertos

La hagiografía más o menos meliflua del romanticismo novecentista creó el paradigma del Francisco acaramelado, todo él leyenda y anécdota, lleno de simplicidad y ternura. No era — ni es— una imagen deformada, sino modelada siguiendo un programa, como lo hicieron sus primeros biógrafos. Fueron ellos los que, dependiendo de su tendencia, también nos legaron imágenes o traducciones del santo conforme a sus propósitos. La más extendida, aunque en rigor la más interesada, es la que nos transmiten la *Floreccillas*. Y el boca a boca ha hecho que el mismo Francisco protagonice anécdotas más o menos reales. Dos de ellas vienen ahora a la memoria, porque están a caballo entre lo que podríamos llamar «leyenda urbana» y realidad empírica: su paso como peregrino de Santiago de Compostela y su actuación contra el convento de Bolonia. Respecto de la primera, hay que decir que si aceptamos a su primer biógrafo, fray Tomás de Celano, Francisco estuvo en nuestras tierras en 1214. *Cum jam ivisset usque in Hispaniam* —dice dos años después de su muerte y catorce desde su paso— cayó enfermo y tuvo que volver⁴. Los detalles son lo de menos: hasta dónde llegó, qué hizo durante el camino, con quién iba, qué le enfermó... Con el tiempo, este mítico viaje se revistió de solemnidad y se trufó con todo tipo de detalles: fundación de conventos, hechos milagrosos como la curación de Juan Castro en Lérida que aparece en los frescos de Giotto, la llegada en barco a Barcelona en 1217 y su predicación sobre su patrona, santa Eulalia, desde la playa (como explica Eiximenis), promesas de descendientes varones, fuentes de agua viva, robo de uva a finales de agosto o principios de septiembre, etc. Todo son traducciones más o menos encajadas en estas pocas palabras. Para nuestro estudio, lo realmente interesante es que el códice que se usa como base para las ediciones de la *Vita Prima* de Celano procede del Monasterio de Ripoll, donde dos siglos antes había ido a estudiar matemáticas y ciencias Gerberto d'Orlhac, el papa del primer milenio, Silvestre II. ¿Qué hacía allí la vida de Francisco? Mantengamos el suspense y resaltemos la opción por la cultura —o por el dinero— que los monjes hicieron. En efecto, y para decirlo brevemente: en 1260 se ordena que san Buenaventura redacte una vida oficial de santo de Asís y que se hagan desaparecer todas la demás. En juego estaba el futuro de la Orden y las actuaciones de los celantes y los espirituales reivindicando un Francisco alejado de una Orden que había traicionado su carisma. Los monjes de Ripoll se negaron a entrar en el juego y que se destruyera su tesoro. Calculemos: un códice significaba el

⁴ 1Ce 56; el TM 34 dice: «De Hispania regrediens sanctus Franciscus, cum non potuisset iuxta votum Marrochium proficisci, ægridutidem incurrit gravissimam».

sacrificio de unos 300 animales, podía costar el equivalente a un coche medio de hoy en día y se tardaba en escribir más de un mes. Las grandes bibliotecas, pues, no contenían sino un par de cientos de libros. Destruir uno era un verdadero lujo. Y aún así, los franciscanos, defensores de la pobreza salvaje, consiguieron hacer desaparecer bastantes (recordemos que hacia 1230 había más de 650 monasterios, muchos de los cuales ya tenían una copia de la *Vita Prima* de Celano).

La segunda historia proviene del convento de Bolonia. Vuelto san Francisco de su fracasado viaje a Tierra Santa, se enteró de que los frailes habían construido un gran convento en la célebre capital del derecho. Pese a que las fuentes no concretan, la centenaria explicación de su airada reacción pasa por decir que subió al tejado y empezó a arrojar tejas, quemó los libros que poseían los frailes y cerró el lugar, sin ninguna piedad para con los frailes enfermos. ¡Aquel semi-monasterio atentaba contra la más elemental pobreza! ¿Podría ser un santo iracundo, contrario a la cultura y faltado de la más elemental caridad? ¿o fueron los saltimbanquis de los *espirituales* quienes hicieron correr el rumor de que la cosa fue así? Sea como fuere, las fuentes —de nuevo las fuentes— nos llevan al corazón mismo de la llamada «cuestión franciscana»: la pobreza. En los escritos de Francisco, como la *Carta a los clérigos*, la *Carta a la Orden* o el *Testamento*, se nos exhorta a que la Palabra de Dios sea siempre recogida y puesta en lugares honorables. Más aún, ordena que cualquier pergamino sea salvado, trate de lo que trate, y esté entero o sea un miserable trozo, porque con sus letras se puede formar el nombre de Dios, en idioma conocido o no.

Con estos dos ejemplos, pues, y dando por seguro que también nosotros somos propensos a crear y embellecer los hechos con nuestras propias florecillas, intentemos ver qué se puede decir de la historia de la traducción franciscana en relación al catalán. Para ello, recurriremos al fondo del Archivo Provincial de Barcelona de los franciscanos y pondremos en paralelo tres parámetros: el desarrollo de las bibliotecas, los traductores que allí se encontraban y otros avatares que jalonan este recorrido.

3.- Un trovador, o más

Sabemos que la Provincia de Aragón fue una de las más «observantes» de la Orden, al menos hasta la concordia de 1336. Y esa observancia se tradujo en la austeridad del arte y la ausencia de libros, excepto los necesarios (por ejemplo, litúrgicos). Pero la cosa duró poco. Ante el

atentado contra la pobreza que suponía tener libros, los frailes más pragmáticos, especialmente los dedicados al estudio, se escudaron en la bula de Gregorio IX *Quo elongati*, que establecía que las posesiones eran de la Santa Sede y su simple uso era de los frailes⁵. Así se multiplicaron bibliotecas y códices, transcritos, adquiridos o heredados. En 1260, el Capítulo General de Narbona tuvo que intervenir para prohibir, por ejemplo, comprar biblias que excedieran las 20 libras turonenses de precio. Lo más destacado, sin embargo, de este momento es la imposición de la censura para todos los escritos de la Orden. En 1260, precisamente, el canónigo Ramón de Riera legó una Biblia, un Pedro Comestor y un Guillermo Stator al convento de Barcelona.

Por este tiempo empiezan a ir los frailes a París para estudiar y traen, en cada viaje, nuevas obras de la moda parisina. ¿Qué tienen hasta entonces los conventos? Libros de liturgia, para celebrar o rezar como el breviario, documentos fundacionales y pergaminos de donaciones y, sobre todo en las curias provinciales, documentos de la Orden. También en eso las clarisas siguen el mismo patrón: por poner dos ejemplos, los monasterios de San Antonio y Pedralbes de Barcelona guardaban la *Regla* de santa Clara traducida al catalán, incluida su fórmula de profesión.

Antes hablábamos del *Juglar de Dios*, Francisco. Ahora podemos resaltar un seguidor suyo, que como él, fue juglar, trovador y poeta. Se trata de fray Jofre de Foixà, decisivo en la historia de Cataluña por ser el primero que habló de *catalanesc* referido a su idioma, con el cual redactó antes de venir a la Orden en 1275-77, las *Regles de trobar*, el único tratado de cómo escribir versos amorosos. Se dice que se hizo fraile precisamente por un desengaño amoroso. Y de trovador a poeta total: Mn Cinto Verdaguer, enterrado con el tosco sayal franciscano, no fue fraile porque en su momento no había; se conformó con ser terciario desde pequeño en su Folguerol natal, a escasos metros de su casa estaba Santo Tomás y la ermita de «Sant Francesc s'hi moria», que recuerda el paso de san Francisco por Vic, muerto de sed. El *príncipe de los poetas catalanes* organizó el acontecimiento religioso más multitudinario de la postrada Cataluña del XIX: el *Aplec de Sant Francesc s'hi moria* en 1883, centenario del nacimiento del *Pobrecillo*.

⁵ El P. Manuel Castro ya trató de los libros prestados por el obispo de Santiago a los franciscanos de Val de Dios por estos tiempos.

4.- Filósofos medievales

Pronto conventos como la Porciúncula en Asís o París, Barcelona o Lérida disponían de un modesto *scriptorium*. Se trataba de obtener algunos ingresos y, al mismo tiempo, generar copias con buena letra de bulas⁶, constituciones o libros litúrgicos o de estudio. También servían para que los estudiantes se sufragasen los gastos, como en el caso de los estudios generales. Sabemos que estos estudios, en el caso de Lérida en 1300 seguro, fueron el núcleo de una universidad. Por ello, ya en 1336 se hizo imprescindible controlar las librerías y sabemos que las *Ordenaciones* de Benedicto XII obligaban a hacer inventarios de los códices conventuales.

Gracias a los estudios sobre el escotismo, sabemos que Pedro Tomás († 1350), Alfredo Gonter († 1327), Juan Bassols († 1333), Pedro Oriol († c. 1339) o Antonio Andrés († 1335) escribieron en latín sus tratados de filosofía y teología, tanto en la Ciudad Condal como en la Ciudad del Segre. Más aún: muchos de ellos, con el pasar del tiempo, se convirtieron en obras básicas de referencia y eclipsaron al propio san Juan Duns Escoto. Las numerosas ediciones incunables y post-incunables de ellos dan fe de esta hornada de profesores medievales.

Una segunda generación de escritores latinos, tal vez no tan decisivos, la forman Guillermo Rubió (célebre ministro provincial en 1334, cuando negoció la paz entre las facciones de la Orden), el escotista Nicolás Bonet († 1343), el infante Pedro de Aragón con su *De regimine principum* y Pedro de Navarra⁷.

Poco después, en la segunda mitad del siglo XIV aparece la figura Francesc Eiximenis († 1409) que, alternando el catalán y el latín, deja una copiosa obra y una abultada biblioteca. Eiximenis —recordémoslo— había estudiado en el Oxford del nominalismo y en contacto directo con las nuevas formas de espiritualidad, un tanto radicales, representadas por fray Juan Wycliff. Juan Eiximeno († 1420), por otro lado, confesor real, es autor de la traducción catalana del *Arbor vitae* de fray Ubertino de Casale en 1406. Es decir, la tradición espiritual continuó y preparó el terreno a las reformas renacentistas.

⁶ Se conserva hoy en el Archivo, por ejemplo, una copia contemporánea de la bula de canonización de san Antonio de Padua o de Lisboa.

⁷ Fray Ramón Bancal, provincial de Aragón en 1326, deja manuscrito el *De conjuntione Medii lune coum sole*. También cabe mencionar a fray Poncio Carbonell († c. 1350), que deja la famosa *Catena Aurea*, comentario bíblico atribuido hasta hace poco a santo Tomás de Aquino. Recientemente ha sido editado fray Bernardo de Dios, autor de espiritualidad de principios del XIV.

Pero la Peste Negra de 1348 afectó directamente vitalidad intelectual y durante la segunda mitad de siglo desaparecen los escritores. Mencionemos, sin embargo, alguno: Juan Carmençó, provincial de Tierra Santa y autor de la vida del beato carmelita Pedro Tomás en 1365. Pero las bibliotecas ya han dado un paso decisivo en su desarrollo. Es curioso e ilustrativo el caso del judío Hasdai Cresques (1340-1410), que a finales de siglo iba, incluso en sábado, a estudiar escotismo en la biblioteca del convento de la Ciudad Condal. Lo que supone, claro, que las obras de Escoto y sus seguidores estaban ya en dicha biblioteca y que eran accesibles al público, precediendo a lo que pasaría después con la Biblioteca Mariana. Y Cresques escribió en hebreo.

También es ilustrativo que se conserve la factura del rey a fray Francisco Ponç Saclota por haber traducido al catalán el Corán en 1389, aunque no lo hayamos conservado. También conservamos fragmentos en papel de la *Vida de Cristo* del Seudo-Buenaventura y de la *Crónica de los XXIV Generales*, que hace sospechar incluso si no se trata del original a partir del cual se tradujo al latín.

Sin embargo, a partir del primer humanismo, los autores escotistas de gran calado van escaseando. Entre otros motivos, habría que destacar la progresiva decadencia cultural catalana, el desinterés por la filosofía y la teología y, fundamentalmente, la aparición en la Orden del movimiento llamado de la observancia, que en aras de la pobreza y el eremitismo, sacrificó los estudios e incluso prohibió la obtención de títulos académicos. Hay alguna excepción: así, fray Juan Nebot escribe un tratado inmaculista hacia 1419, fray Bernardino Escardó escribe hacia 1425 *De vitis sanctorum*, el dantesco fray Juan Pascall escribía —entre otros— su *Tractat de beatitut* en 1436, fray Juan Marbres ejercía su magisterio en Toulouse por los años 1450, el obispo fray Francisco Vidal de Noya deja unas *Postillæ* a Escoto antes de ser obispo en 1484 y fray Luis de Elna publicó *Pro concionibus totius anni* allá por 1500, antes de pasar a la Provincia de la Arrábida, que lideraba el proceso de reforma de la Orden.

Por cierto, ¿cómo encajar a fray Anselmo Turmeda (1352-1430) en todo este marco? Su *Libre dels bons amonestaments* de 1397 fue el libro básico para aprender el catalán hasta mediados del siglo XIX. Murió el autor de la célebre *Disputa del asno* en Túnez, tal vez como cristiano.

5.- Los incunables

La aparición de la imprenta hizo cambiar notablemente la legislación de la Orden con respecto a la posesión de libros, modificando los célebres *Estatutos de Barcelona* para la Familia Cismontana de 1451. Destacan las normas respecto a tener libros en la celda y el establecimiento de dos archivos, provincial y local, que han de incluir el libro de novicios y defunciones y un inventario de la biblioteca, actualizable cada año.

También supuso un cambio de orientación en los franciscanos que, bajo la hégira del humanismo, inclinaron sus preferencias a editar traducciones. El primero de ellos es fray Pedro de Castrovol, que fue ministro provincial de Aragón entre 1489 y 1492 y que editó en Lérida y Pamplona obras de Aristóteles traducidas por el humanista Leonardo Bruni. En esta tarea de traducción también destaca fray Nicolás Quilis, que tradujo el *De officiis* de Cicerón al catalán. Fray Nicolás Bonet, que vivía en 1480, fue un autor que dio a la imprenta diversos libros, el más importante de los cuales es el *Formalitates e doctrina Scoti* (Barcelona, 1493), que dio lugar a una corriente escotista llamada bonetismo. Y, finalmente, fray Guillermo Gorris es el autor del *Scotus pauperum seu abbreviatum* (1486), un auténtico «best-seller» de su época.

Pero no sólo editaron en latín: fray Juan Alamany escribió su *De adventu Antichristi*, en la estela milenarista de fray Juan de Rocatallada o fray Pedro de Aragón, que mereció ediciones en catalán y castellano a finales del XV. También Pedro Llopis tradujo las *Antiguitats judaicas* de Flavio Josefo en 1482. Por desgracia, no tenemos muchas referencias a la otra gran temática de los incunables catalanes, la predicación popular y las obras de piedad, que sólo se ha conservado en alguna hoja suelta que sirvió para encuadernaciones posteriores.

6.- Cuando estaba de moda escribir en catalán

En 1567 —cuando la Provincia de Cataluña contaba con menos de ocho años de existencia, fruto de la división de la Provincia de Aragón— Pablo Bell, autor de unos *Commentaria in Job*, se hizo cargo de todas las casas que los conventuales dejaron a instancias de Felipe II.

La normativa tridentina⁸ y las nuevas necesidades evangelizadoras acabaron con las veleidades de los indignados observantes. Se envían frailes a estudiar a Alcalá de Henares hasta que se puede reunir un grupo suficiente en Santo Tomás de Riudeperes, cerca de Vic, y Pío IV aprueba la creación de un estudio general en 1560, con idénticos privilegios que Salamanca o Alcalá. Empieza a sí su biblioteca, de la mano de fray Miguel Masnonell, que quería libros de piedad en catalán y de erudición en latín. Pero poco después, tras ciertos disturbios en 1620-1623 entre observantes y recoletos, se traslada el estudio a Barcelona en 1627, creándose el Colegio de San Buenaventura de las Ramblas, que empezará a funcionar ocho años después y que nutrirá, a su vez, de profesores a Escornalbou y a Cervera.

Un autor paradigmático de este periodo es el venerable Ángel del Pas (1540-1596), estudiante en Alcalá e impulsor de la fundación de Santo Tomás. Introdujo la recolección en Cataluña y deja unos sermones en catalán, porque consideraba que era una lengua culta y propia de sabios. Deja en latín unos comentarios a los evangelios, solicitados por el papa Sixto V, y, en la misma lengua, una explicación del credo, también a instancias del sumo pontífice.

Procedente del convento Torà y sin atrevernos a hacer una hipótesis, nos ha llegado misteriosamente la *Disputatio Raimundi Lulii et Homerii sarraceni* (Valencia, Juan Jofre, 1510). Se trata de un curioso libro que publica al final, por primera vez, la *Sentencia Definitiva* de 1419 que absolvía Llull de cualquier sombra de herejía⁹. El beato era usado no sólo en Mallorca, sino como lectura catalana en muchos conventos. Esta edición en concreto parece ser la traducción de fray Simón de Puigcerdà de 1315, requerida, entre otra veintena de obras lulianas, por el rey Jaime II.

Es éste un buen ejemplo de la censura y la Inquisición. Hemos comentado que desde el Capítulo General de Narbona no se podía escribir sin autorización de los superiores. La práctica, en la época anterior a la imprenta, fue bastante diferente, aunque muchas obras, como las primeras escritas por Llull, fueron leídas y juzgadas por un franciscano especialmente comisionado para ello por el Rey de Aragón ya mencionado. Con la aparición de la Inquisición, especialmente después del Concilio de Viena de 1311 y con el papa Juan XXII de infausto recuer-

⁸ Pío V en 1568, Sixto V en 1587 e Inocencio XI en 1685 prohíben que se saquen libros de las librerías franciscanas. Trento, amén de establecer un archivero en cada convento o monasterio, consagró lo que ya se hacía con los *Estatutos* de 1451.

⁹ La historia, sin embargo, fue cruel: ese mismo año se publicaba el *Directorium Inquisitorum* del falsario dominico Nicolás Eimeric, que volvía a sembrar dudas sobre Llull. Poco después, sin embargo, el franciscano terciario era libro de pedagogía en la corte de Felipe II y, como se sabe, inspirador del estilo herreriano de El Escorial.

do para los *espirituales* franciscanos, se creaban grupos de expertos, de entre tres y seis miembros, normalmente dominicos y franciscanos, que daban su parecer sobre obras concretas. Era un verdadero sistema de inquisición: se inquiría y se juzgaba, y en caso de dudas, se sometía a votación. El sistema, sin embargo, acabó cuando la imprenta extendió sus tentáculos de manera que, como la Medusa, se hacía imposible cortarlos todos. En los Países Bajos apareció por primera vez un índice de libros prohibidos en 1514; pronto la idea cuajó y aparecieron índices expurgatorios en Inglaterra (1526), Francia (1540), Venecia (1549), Lovaina (1550), Toledo y Valladolid (1551). Finalmente, el Inquisidor General de España, Fernando de Valdés, edita el propio el 1559, que se va acomodando en 1583 y así hasta, al menos, 1790.

La labor de purga consistió al principio en tachar lo que no se consideraba ortodoxo. En el Archivo Provincial conservamos algunos de estos libros «censurados»: libros erasmianos, los Santos Padres de Bigne, el derecho de Bartolo de Sassoferrato, y algunos libros de espiritualidad. La mayoría responden a unos patrones concretos: son obras de más allá de 1530, están ilegibles —o no: en algún caso están burdamente tachados y otros, de la misma edición, no están ni marcados—, el autor de la mutilación aparece firmando y añade si se trata de la autoridad del Santo Oficio, del ministro provincial o del guardián. No se distingue en ellos si se trata de libros parcialmente o totalmente prohibidos. En 1790 se elaboró un catálogo con los libros prohibidos de la Biblioteca Mariana. Estaban en lugar aparte, bajo llave y eran 394. Además, había 23 retirados por el P. Antonio Baylina (1760-1821), examinador del Santo Oficio y autor de algunas obras manuscritas en latín, que aún no los había «aprobado».

Franciscanos traductores de este periodo son escasos: Rafael Bosch editó una *Vita B. Salvatoris ab Horta* (Barcelona, 1639); Francisco Cassañas (1656-1691) fue misionero y protomártir de Querétaro en México y su informe fue traducido al inglés; Francisco Doménech, autor de *Pro lege ieiunio* (Florencia, 1616); Rafael Guitart, escotista eminente, editó en 4 volúmenes *Compilatio praecipuarum disputationum P. Bartholomei Mastri* (1675); Gregorio Hurtado de Mendoza publicó en latín; también el obispo palmesano Juan Jubí en 1570; también publicó el poeta Francisco Moner de Baturell en 1523; el obispo gerundense Miguel Pontich deja unas *Constitutiones Synodales* en 1691; Vicente Sopera publica *Joyell preciós i adorno del ànima devota* en 1667 (ocho ediciones hasta 1735; traducido en 1682); también se publican obras latinas de Ángel Vives (1679); y seguimos sin encontrar la historia de Cataluña en francés de fray Francisco Forma (1643).

7.- Cuando estaba de moda escribir en español

La Provincia de Cataluña gozó de un verdadero renacimiento cultural con la instauración del Colegio de Escornalbou en 1682 para formar misioneros y con la creación de la cátedra escolástica en la Universidad de Cervera en 1717. Respecto de la primera biblioteca, la de Escornalbou, se centró en Sagrada Escritura y moral, contenía unos dos mil ejemplares. Aquí redactó el P. Francisco Baucells su célebre *Font Mística*, que pronto sería vertida al castellano. Aunque los libros editados por los *misionistas* —como Francisco Boada, Francisco Romeu, Juan Papió— fueron mayoritariamente en castellano. La excepción es *Amoroses veus* del P. José Costes de la Portella, editado en Reus en 1830. No debemos olvidar que si bien este colegio surtió de misioneros América, su labor primaria era la de realizar misiones populares. Y lo hicieron exclusivamente en zonas catalanoparlantes. Dan testimonio de ello los diferentes manuscritos del Archivo llamados *Doctrinas*: en ellas, con el método de preguntas y respuestas, se explican los mandamientos. Respecto de la segunda, bien es sabido que fue creada tras el Decreto de Nueva Planta como universidad única de Cataluña hasta su desaparición en 1839, desierta tras la Desamortización. Muchos de los profesores franciscanos de esta universidad han dejado manuscritos con sus lecciones en latín o en castellano, el idioma de moda.

En las *Constituciones* provinciales de 1734 se leen curiosidades sobre los libros, en el capítulo de la pobreza. Lo primero que ordena es que, dado que los guardianes no son muy inclinados a la cultura, se establezca en cada convento un bibliotecario. Lo segundo reza así: «Y como las muchas experiencias nos enseñaron, que los libros que cuestan tanto se pierden con dispendio de nuestra santa Pobreza: Mandamos por santa Obediencia que ningún Religioso jamás deje Libro alguno fuera del convento, pena de ser castigado con todo rigor por inobediente y enemigo de la Santa Pobreza que profesa». Y anótese en un registro los libros que salen y entran de la biblioteca conventual. Y en tercer lugar, se ordena un inventario general de toda la Provincia. La mayoría de conventos ya habían hecho inventario de libros y aún se conservan muchos de ellos, de 1720 y 1721.

Otro hecho decisivo fue el acuerdo de dividir la biblioteca de San Francisco de Barcelona en 1775. Nace así la Biblioteca Mariana, dedicada a la Inmaculada, que, con las del Seminario, de los dominicos y carmelitas descalzos constituían una de las redes de bibliotecas públicas más importantes de Europa. La Biblioteca Mariana era considerable y en 1815, pese a la destrucción francesa, se mandan imprimir 12.000 números para catalogarla. El decreto de Cle-

mente IV de 1771 autorizando su fundación repite lo que se había establecido desde antiguo y añade la necesidad de establecer un lugar especial bajo llave para los libros prohibidos o sospechosos.

Finalmente, hay que resaltar que parece que se puede afirmar que en el siglo XVIII hubo una escuela de amanuenses en Escornalbou. Desde comienzos de la Orden la cuestión litúrgica fue fundamental: se cambió la inacabable liturgia monástica por una más adaptada a las ciudades, más ligera y expresiva. Los franciscanos actuaron como verdaderos agentes unificadores de la liturgia en Europa, pero el paso de los siglos hizo cambiar radicalmente su postura. Con el humanismo hispano, por ejemplo, el Cardenal Cisneros se puso al frente de una concienzuda tarea de recuperar la liturgia mozárabe o de nutrir de libros de coro monasterios como el de las clarisas de Pedralbes en Barcelona. La reforma litúrgica tridentina, sin embargo, acabó con estos planes «ilustrados», cerrando filas alrededor de la romanidad ante las amenazas protestantes. En 1710 se halla el primer libro de coro del monasterio de misioneros y, a partir de entonces, se encuentran libros de éstos en Barcelona, Gerona, Figueres, Tortosa, Poblet, Perú o Pedralbes, hasta al menos 1832. Parece que los autores, todos franciscanos, iban a diferentes lugares a trabajar: así el P. Francisco Dalmau se establece en 1720 en Poblet para escribir libros corales, de los que se conservan dos en Tarragona. Otros libros fueron a parar a Pedralbes o al Colegio de Misiones de Ocopa en el Perú, nutrido por muchos franciscanos catalanes. Además, sus autores, como el P. Francisco Boada, eran iluminadores. Éste, desterrado a Italia tras la guerra de 1714, volvió cargado de libros que había comprado ganándose la vida como amanuense e ilustrador. En cuanto al tipo de libros, son antifonarios franciscanos, kyriales, y libros de pequeño formato, para el maestro de coro. Muchos de ellos desaparecieron en 1936.

Antes de cerrar este apartado, conviene destacar autores que se mueven bajo la influencia de las nuevas corrientes de pensamiento ilustradas, los publicistas y autores de obras de devoción popular, algunos profesores de la Universidad de Cervera, escritos de misioneros y alguna curiosidad final.

—Ilustrados: fray Buenaventura Abad († 1766), que trabajó en Marsella y publicó en Ámsterdam en 1763 sus: *Amusements philosophiques sur les diverses parties des Sciences et principalement de la Physique et des Mathematiques*. Mateo Alsinet († 1765), hebraísta, deja además un diccionario en nueve idiomas, una arte médica y una glosa de los *Estatutos* de los franciscanos, todas en latín. Francisco Batlle recogió todas actas auténticas de los conventos en latín,

que sirvieron de base a la *Historia* del P. Coll; justamente el Jaime Coll atribuyó la *Catena Aurea* a Poncio Carbonell y fue reprobado por la Inquisición que la consideraba tomasiana. En el ámbito lingüístico, Pedro Pons deja manuscrita una gramática hebrea y caldea en 1705; también el arqueólogo y numismático Jaime Prats deja manuscrito un vocabulario árabe-español de 1836; y, en fin, a finales del XVIII Alberto Vidal dejó un diccionario catalán inacabado.

—Publicistas: Jaume Aixalà Gasol (1732-1791), autor de una vida de san Benito de Palermo en catalán, de la que se hicieron, como mínimo, tres ediciones en el XVIII; el tortosino José Beltrán Rius dio en 1735 a la imprenta el himno *Heroicum de Sacro Cíngulo B. Mariae Virginis* dedicado a la patrona Virgen de la Cinta; el ya mencionado Francisco Boada publicó en latín y catalán; Domingo Burgues publicaba una colección de sermones *Agypniae sacrae*; Isidro Febrer publicó *Mina riquíssima dels thresors de la divina gràcia* (1763, con diversas reediciones y traducción castellana en 1840); Magín Ferrer (*La mort dels justos condemna la vida dels dolents*, Cervera, 1824); Jaime Janer publicó en 1733 *Memòria i instrucció de novicis*; Francisco Pibernat Mascaró publicó *Terciaris devot i pràctich* en Gerona (1825), seguramente inspirado en el de Ginés Palau, el de Ignacio Ros Carner, *Memòria seràfica per los terciaris* de 1773 o el de Francisco Pla de 1755; Francisco Serra publicó el *Libanus Marianus* que conoció diversas ediciones desde 1702.

—De la Universidad de Cervera hemos de mencionar a Antonio Alabau (1753-1819), Francisco Aleu (1700-1774; autor, además, de novenas en catalán), Antonio Anglada († 1788), Buenaventura Bover (autor de una vida de san Buenaventura en 1775), Francisco Daniel († 1798), Pablo Doménech (autor de un *Catecisme* en 1803), Francisco Marca († 1740, profesor de filosofía escotista y autor de la primera parte de la *Crónica de la Provincia de Cataluña*), José Osset (1789), Juan Papió (1696-1771), Dionisio Sabater, Manuel Toló (1783), Francisco Valls, que dio a la imprenta *Fulgenti Ecclesiae Doctori Seraphico* en 1775, y, en especial José Rius (1765-1833), poeta, helenista y profesor de moral, autor de una *Ethica* y de un *Tractatus de vera religione*.

—Misioneros: Mariano Badia (1719-1766) deja la *Descripció del Regne del Perú*; Antonio Comajuncosa (1749-1814, autor de obras en América, escribió sobre los mandamientos en catalán cuando estaba en Escornalbou); Narciso Duran (1776-1846, músico autor de la *Misa de Cataluña*, *Misa Vizcaína* y *Liber Chori* en California); y Buenaventura Marqués (1748-

1792, autor de vocabularios de pueblos originarios de América dependientes del colegio de Ocopa: cunibos, panao o setevos, sipivos, casivo o conavo, y la lengua campa). El epítome es Santiago Raurich (1841-1913), autor de una gramática quechua. También cabe aquí citar la *Relació de la pelegrinació a Jerusalem i Palestina* (1781) de Juan López.

—Dos autores de recetas culinarias: los legos fray José Orri y fray Francisco Roger.

8.- El siglo de las sombras

En 1808 las tropas napoleónicas se instalaron en los conventos. No sabemos cuánto cogieron o dejaron de las bibliotecas franciscanas, pero a tenor de lo que hemos ido viendo fue menos cosa de lo que cabría esperar, dado que no gozaban de libros de bibliófilo, sino obras de uso común. Tampoco en número de volúmenes la devastación fue apocalíptica. De hecho, las bibliotecas estaban bien nutridas en lo instructivo de sus libros, como recomendaban las fuentes primitivas, y no en el apartado de ediciones de lujo. Tal vez como hoy en día la sección de incunables, escasamente ornamentados y profusamente anotados.

El Colegio de San Buenaventura de las Ramblas de Barcelona, tras el paso de los franceses, se quedó sin biblioteca. También el Colegio de Santo Tomás de Riudeperes sufrió el abandono y la destrucción. Es más: en 1821, con el Trienio Liberal, fue suprimido. Pero de él se salvó un millar de pergaminos —una colección única— desde su fundación en el siglo X hasta el siglo XVIII. También se salvó lo que hoy parece una sección muy interesante: gramáticas y obras elementales para aprender griego y latín. ¿Cómo se salvó? Los franceses entraron por dos veces a saquear el convento, pero los frailes habían decidido distribuir los libros entre familias amigas y guardar los más preciosos en un escondite del convento... que fue descubierto. De ahí lo que se conserva.

La Biblioteca Mariana del Real Convento de San Francisco el Grande de Barcelona constaba de 10.289 volúmenes de 2.140 autores en diciembre de 1822. Eran tiempos del Trienio Liberal, que obligó a cerrar no pocos conventos. También se acaba de nutrir de dos importantes legados: del arzobispo barcelonés José Climent y del también titular Pedro Díaz Valdés en

1821¹⁰. Todo pasó o bien al Archivo de la Corona de Aragón o bien a la Biblioteca Universitaria de Barcelona con la Desamortización.

Tortosa salvó unos 200 incunables, que parece que son los que quedan de Alcalá de Chivert, y los libros de coro procedentes de Escornalbou.

Tarragona se benefició de 4.000 volúmenes de Mn. Ramón Foguet, así como su museo y gabinete de historia natural, y un monetario con más de 3.000 monedas, amén de camafeos, medallas y premios. Qué fue de ellos después de 1835 no se sabe.

Gerona lo perdió todo a manos de la Biblioteca Provincial y la Biblioteca del Seminario, excepto cinco libros de coro, algunos pergaminos y la famosa obra del P. Manuel Cúndaro sobre los *Sitios de Gerona*, escrita hacia 1816.

El Colegio de Misiones de Propaganda Fide de San Miguel de Escornalbou y Cervera tenían excelentes bibliotecas, de las cuales poco ha perdurado en el actual Archivo Provincial.

Berga, Reus (donde todo pereció pasto de las llamas ya en 1835), Montblanc, Bellpuig d'Urgell, Riudoms, Calaf (con poco más de medio centenar de libros), Torà, Balaguer, Móra, San Salvio de Cladells, Vic y Villarreal (la más grande, con casi mil quinientos volúmenes) tenían modestas bibliotecas y pocas son las noticias sobre su desaparición.

Entre los autores decimonónicos, hay alguna obra manuscrita digna de mención: el P. Cayetano Barrau (1789-1845?), misionero en Tierra Santa, deja una curiosa obra: *Colección de algunas palabras latinas y griegas y su significación en español. Nombres de muchas cosas en tres lenguas, española, francesa y latina*. Y fray Mateo Roca escribe hacia 1850 un *Diccionari català tret del Diccionari de Labèrnia*, que acaba en la pe y sigue con versos de escaso valor en catalán y castellano. Sin embargo, el método de las misiones populares, base del de san Antonio María Claret, pasó a Italia con el P. José Costes de la Portella, que deja escritos diversos *fervorini*. El P. Francisco de Reus Pujol publicó su vida en italiano (Perusa, 1858), así como el *Compendio de la vita de la serva de Dio Maria Agnese Chiara Steiner* (Foligno, 1878). Ambas tienen versión castellana en 1859 (por el P. J. Balenyà) y 1880.

Traductores de este periodo son: Mariano Arruga, que hablaba cinco idiomas y tradujo *Motivos de contrición* (1865); Antonio Avellá, que tradujo en 1832 la vida del beato Buenaventura

¹⁰ Algunos volúmenes a mencionar son: la traducción catalana del siglo XV del *Speculum Crucis* del dominico Domenico Cavalca, el *Pròlech primer sobre la inepció de la exposició de la postilla del papa Ignocent tercer sobre los VII. psalms penitencials*, y ¡la Biblia políglota! de Cisneros.

Gran; Juan Badaró (1815-1892), que a mediados de siglo dejó un tratado de botánica en latín y francés; Bernardo Cavallé, que tradujo del italiano *Documentos para tranquilizar las almas timoratas en sus dudas* (1829 y 1844); José Comas († La Paz, 1885) deja un catecismo en lengua tacana; José Cors (1815-1878) escribió un diccionario y un catecismo en guarayo; Pedro Gual Pujadas (1813-1890; muerto en Lima, fue el único franciscano catalán que asistió al Concilio Vaticano I, y deja, entre otras, obras como: *Oracula pontificia*, París, 1869; *La confessione sacramentale*, Roma, 1864); Francisco Mestres Llonga (1811-1876) publicó en latín sobre Escoto y la Inmaculada con motivo de la declaración dogmática y su hermano Salvador (1815-1879) también publicó en latín textos que fueron aprobados por el Ministerio de Educación como libros de texto.

Es decir, y a modo de resumen: tras la destrucción de la Guerra de la Independencia y del Trienio Liberal, la Desamortización de 1835 supuso el golpe de gracia al patrimonio librario franciscano. Los volúmenes, excepto en el caso de Barcelona que pasaron en parte al Archivo de la Corona de Aragón o la Universidad en 1847, fueron a parar a bibliotecas públicas. Sólo se salvó del expolio lo que los frailes llevaron debajo del brazo, los que depositaron en casas amigas o en algún monasterio como las clarisas de Jerusalén de Barcelona.

9.- La Restauración

Años después de la debacle cultural que supuso la Desamortización, los franciscanos reaccionaron y, en 1858, Pío IX ordenó que fueran devueltos a los frailes sus libros. La medida sólo se pudo aplicar en 1885, cuando el P. Ramón Buldú, comisario provincial y restaurador de la Provincia de Cataluña, lo publicó en el calendario litúrgico, en todos los boletines de los obispos de Cataluña y en *Revista Franciscana*, de la que fue fundador y director¹¹. Pero fue muy exiguo lo que se devolvió y, en algún caso, fue salir del fuego desamortizador para caer en las brasas revolucionarias de 1936. Así desapareció del diccionario catalán-castellano del P. Nadal de la antigua biblioteca de Barcelona¹².

¹¹ La *Revista* tuvo una importancia histórica excepcional. La actividad del P. Buldú, sin embargo, fue mucho más allá: traductor, editor de innumerables obras y fundador de las Franciscanas Misioneras de la Inmaculada Concepción.

¹² De arte tenemos que las veinte pinturas de Antonio Viladomat sobre la vida de san Francisco perecieron en las llamas de la Guerra Civil.

Con la Restauración de la Provincia, en 1878, se empezó a recuperar alguna cosa más. Así, unos pocos pergaminos de Barcelona y una colección de Gerona fueron rescatados por el P. Jerónimo Aguillo, ya Provincial, comprándolo en un librero de segunda mano a precio razonable para un fraile.

También se recuperó la biblioteca de los premonstratenses de Bellpuig de les Avellanes, cerca de Balaguer, famosa por el historiador P. Jaume Caresmar. Ya sólo quedaban un millar de libros y hoy, 133 y 16 manuscritos. También desde Balaguer se articularon expediciones a lugares donde había habido conventos franciscanos hacia 1890 y recuperaron algunas cosas de Escornalbou, Bellpuig d'Urgell y Cervera. El P. Joaquín Caballero fue encargado en 1846 de fundar la Biblioteca Provincial de Tarragona con los restos de las bibliotecas conventuales de la propia ciudad, Escornalbou, Santes Creus y Poblet; mucho salvó, pero nada de ello volvió a los frailes restaurados.

Vic se convirtió en el centro de recogida de lo que podría llamarse archivo provincial, y conservó especialmente el fondo de Santo Tomás, especialmente tras la labor centralizadora de 1926-1932.

Como hemos dicho, en Alcalá de Chivert se conservaron unos doscientos incunables procedentes de Tortosa y devueltos por su obispo a través del Vicario General, D. Jaime Cararach. En Villarreal se conservaron, gracias a familias amigas, los fondos del convento de la Provincia de San Juan Bautista, por lo que, mayoritariamente, provienen del ámbito valenciano y estaba compuesta por más de siete mil volúmenes.

El convento de San Antonio de Barcelona, fundado en 1904, sufrió su total destrucción en la Semana Trágica de 1909, pero salvó milagrosamente su exigua biblioteca en 1936.

El inventario general de la Provincia de 1890 consta de 213 obras manuscritas (una curiosa y desaparecida *Gramática Árabe*) y casi dos mil pergaminos. El número baja a 128 en el índice del P. Pascual Saura de 1919.

Paralelamente a esta acción de recuperación, también se empezó una labor cultural de primer orden: se fundó, como se ha dicho, *Revista Franciscana* y en 1906 se fundó en Vic el centro cultural de la Provincia con la Editorial Seráfica, que duró hasta finales del siglo pasado y dejó más de un centenar de títulos publicados en diversos idiomas.

Conviene, finalmente, decir dos palabras sobre la Guerra Civil. El archivo provincial de Vic fue expoliado, pero después de la guerra se puso en el claustro de la catedral de Osona toda suerte de libros y documentación que se pudo recuperar del pillaje. Fueron los frailes y consiguieron no poca documentación. Peor suerte tuvo el fondo balaguerino: enterrado y a merced de la humedad, se perdió mucho de su fondo, como ya se ha dicho. Aunque no sea muy honroso de contar, todo lo que se consiguió estaba almacenado sin orden ni concierto (hasta 1951 incluso amontonados en el suelo) en Vic hasta que en 1957 el P. José Martí Mayor lo trasladó al nuevo convento de Santaló, siendo bibliotecario el P. Antonio Belaire. La vieja sala de lectura estaba adaptada para 35.000 volúmenes. El fondo de Alcalá se mantuvo incólume hasta que en 1950 se trasladó a Berga, sede del Coristado.

En 1973 fue nombrado bibliotecario provincial, bibliotecario conventual, archivero y cronista el propio P. José Martí, que unificó biblioteca y archivo. Pasó por Berga, Alcalá y Villarreal para salvar los fondos antiguos y durante casi treinta años trabajó para ordenar y dar a conocer el patrimonio franciscano que todavía se ha mantenido. Finalmente, como las migajas que caen del banquete, Berga, La Bisbal, Vilanova y Cristo Rey ofrecieron sus despojos, ya en este milenio, para completar el Archivo Provincial.

BIBLIOGRAFÍA

BOADAS LLAVAT, Agustín: «La filosofía de la historia en el siglo XVI: el caso de Marcos de Lisboa y España», *Revista da Faculdade da Letras de Porto* (2002) 161-184.

BOADAS LLAVAT, Agustí: «Joan Duns Escot i els escotistes catalans», *Enrahonar* 52 (2009) 47-63.

BOADAS LLAVAT, Agustí: «Repasant la història dels franciscans a Catalunya», en: *Jornades d'Estudis Franciscans*, Barcelona, Facultat de Teologia de Catalunya – Ed. Herder, 2011.

CERVANTES, Miguel de: *Don Quijote de la Mancha*, Madrid, Real Academia Española, 2004.

Diccionari d'història eclesiàstica de Catalunya, 3 vols., Barcelona, Editorial Claret, 1998, 2000 y 2001.

I Congreso Internacional. El franciscanismo en la Península Ibérica: balance y perspectivas, Barcelona, G.B.G. Editora, 2005.

FRANCISCO DE ASÍS, San: *Escritos, biografías y documentos de la época*, Madrid, BAC, 2006.

GIL ALBARRACÍN, Antonio: «Guerra y conventos franciscanos en el Mediterráneo español», en: *III Congreso Internacional. El franciscanismo en la Península Ibérica*, Córdoba, Ediciones El Almendro, 2010.

MARTÍ MAYOR, Josep – BOADAS LLAVAT, Agustí: *Sant Antoni a Barcelona*, Barcelona, Ed. Viena, 1996.

MARTÍ MAYOR, José: *El mundo maravilloso de los libros. Visita a una biblioteca franciscana*, Barcelona, Asociación de Bibliófilos de Barcelona, 1992.

MARTÍ MAYOR, José: «La biblioteca y archivo del Monasterio de Escornalbou», *Archivo Ibero-Americano* 36 (1976) 341-373.

SANAHUJA; Pedro: *Historia de la Seráfica Provincia de Cataluña*, Barcelona, Editorial Seráfica, 1959.

Sant Francesc a Catalunya, Barcelona, AHEF (Asociación Hispánica de Estudios Franciscanos), 1997.

TRIAS DE BES, Xavier: «Visita a la Biblioteca dels Pares Franciscans», *Anuario de la Asociación de Bibliófilos de Barcelona 2009-2010*, Barcelona, 2011, pp. 243-250.

VÁZQUEZ JANEIRO, Isaac, ed.: *Floreillas de San Francisco*, Madrid, San Pablo, 1998.